

ciones de una semana después del golpe militar, dijeron que habían enviado a Brasil, Bolivia y Paraguay oficiales del Ejército y la Marina de Chile para «poner en antecedentes» a esos Gobiernos del levantamiento militar que tendría lugar el 11 de septiembre. Así, los brasileños, bolivianos y paraguayos, un día después de dar el golpe, comenzaron a enviar expertos de Inteligencia de sus respectivos Ejércitos para «colaborar» en la identificación, apresamiento y torturas de ciudadanos brasileños, bolivianos, paraguayos y uruguayos que habían buscado asilo político en Chile durante los años anteriores.

Un caso que ahorra todo comentario es el del sociólogo y profesor universitario brasileño Theotonio Dos Santos, refugiado en Chile desde hacía siete años. Dos Santos se asiló en la embajada de Panamá después del 11 de septiembre, y fue mantenido cinco meses allí sin que se le otorgara el salvoconducto. En Washington, cuando una delegación de la Hostos Community de la Universidad de Nueva York preguntó en la embajada chilena en la capital yanqui por qué no se le concedía salvoconducto a Dos Santos, la secretaria de prensa de esa embajada, periodista Carmen Puelma, respondió que «Dos Santos no tiene ningún problema pendiente en Chile, lo que pasa es que el Gobierno brasileño nos ha pedido que lo retengamos». Estas declaraciones fueron publicadas en el diario «The New York Times» del 24 de noviembre de 1973.

Los «asesores» brasileños fueron los que introdujeron la técnica de ablandamiento moral del fusilamiento «simulado», que consiste en llevar a los prisioneros al campo de matanza, someterlos a la ceremonia del fusilamiento, en grupo, y matar sólo a uno de cada cinco o a uno de cada tres de los prisioneros en fila. Esta técnica fue utilizada profusamente en los primeros dos meses después del 11 de septiembre. Ahora se utiliza en los diferentes campos de concentración como Chacabuco, en Antofagasta; Pisagua, cerca de Iquique; Isla Juan Fernández, a 360 millas de Valparaíso; Isla Quiriquina, frente a Talcahuano; Isla Dawson, en el canal de Beagle; Colliguay Alto, en Valparaíso; y campos de Peñalolén, en Santiago.

La corrupción

La ocupación militar de Chile por parte de las tropas comandadas por los oficiales que obedecieron las órdenes del Pentá-

gono el 11 de septiembre de 1973, ha desarrollado en las filas de la Fuerza Aérea, la Marina, el Ejército y Carabineros un nuevo estilo de corrupción, desconocido hasta ese día por los chilenos. Un resumen esquemático de este nuevo estilo de vida de los dueños de Chile, por el momento, es el siguiente:

Corrupción en Carabineros

1) Forman equipos de tres o cuatro funcionarios de civil, con armas que no son de reglamento, en las horas del toque de queda, para allanar domicilios y robarse especies de valor. Se las reparten según vaya robando cada uno, por turno. Primero, estudian el barrio, según soplos de empleados domésticos o fascistas civiles, después dan el golpe. A esto lo llaman «fona». Por ejemplo, los carabineros Daniel Vargas y Carlos Cáceres, de la 13 Comisaría en Santiago forman parte de uno de esos equipos.

2) Cuando están de guardia, por ejemplo en embajadas, se apropian de una libreta en blanco, y con ella en la mano hacen parar vehículos por supuestas infracciones del tránsito, y aceptan sobornos en dinero o especies. A esto lo llaman «hacerse un sobresueldo».

3) Cobran dinero a los familiares de los asilados en embajadas por darles permiso para hablar, a través de las verjas del antejardín, por uno o dos minutos. Las tarifas, en diciembre de 1973, iban de los 2.000 a los 15.000 escudos, según el aspecto del familiar.

4) Tratan de hacer pagar «protección» a ex funcionarios del Gobierno de la Unidad Popular que no han sido detenidos. Las tarifas, en enero de 1974, fluctuaban entre los 10.000 y 15.000 escudos mensuales.

5) Se sobrepasan con las esposas de los detenidos. Esto a nivel de oficiales, que les insinúan a las esposas que si se acuestan con ellos, podrán intervenir por el destino final de los presos. Estos casos suman miles en Santiago y son de diaria concurrencia.

6) A las sirvientas de las casas cercanas donde hacen guardia, las manosean y las obligan a acostarse con ellos en sus propias casas, bajo la amenaza de «si no, te llevamos presa por ser marxista».

